

**ENTRANTES DE LENGUA
Y
DE LITERATURA**

Ad usum scholarum

(¡toma latinajo!)

Pablo Galindo Arlés

SUMARIO

1. Los sonidos
2. Las palabras
3. Las oraciones
4. La escritura
5. La ortografía
6. El estilo literario
7. Postre

LOS SONIDOS

LECCIÓN 1ª

¡Arriba el telón! Sale un hombre desnudo. Tiene el cuerpo cubierto de vello y está sentado ante una hoguera comiendo un pedazo de carne. De pronto, siente un retorcijón, algo así como un terremoto en el vientre. Y suelta una ventosidad. Todos los miembros del clan familiar se ríen. Pero otro miembro lo imita: “pum-pum”. Y otra vez las risas. Sin embargo, hay aquí una diferencia importante: el primer disparo oloroso es un sonido de la naturaleza involuntario; en el segundo, el “pedorro” falso (con perdón) tiene plena conciencia de lo que hace. Ha nacido el lenguaje. O sea, el hombre ha domesticado el aire de su voz para darle un sentido. Un significante tiene un significado, forma un signo. Esos sonidos que imitan ruidos de la naturaleza se llaman “onomatopeyas”. Ya hemos visto el caso de “pumpúm”. Ahora pensad – una vez, al menos - por qué los valencianos dicen “piser” cuando hacen pis, o llamamos “gárgaras” a las gárgaras y “carcajadas” a las carcajadas, etc.

LECCIÓN 2ª

Tarzán no hablaba porque vivía desde niño sólo en la selva. El náufrago Robinsón se hubiera vuelto loco si no encuentra al negro Viernes (que no es el *black friday*). El lenguaje solamente tiene sentido en la sociedad. Sirve para comunicarnos. Claro está que algunos y algunas (especialmente... ejem... los primeros...) toman la palabra y no la sueltan. Un profesor da el rollo macabeo (buscad en san Google el origen de esta expresión) si no le permite hablar nunca al alumno. Eso es monólogo, no diálogo. Y para que exista comunicación hace

falta uno que hable, el emisor, y otro que escuche, el receptor. Y luego se pasan la pelota cambiando las tornas. Ahora te doy un mensaje, ahora me lo das tú. No es cierto, aunque es el caso normal, que los hablantes y oyentes tengan que usar una misma lengua. Basta con que sepamos la ajena y usemos la propia. A veces dos personas hablan en una misma lengua, pero no se entienden porque no se escuchan. Es un diálogo de besugos con la boca abierta.

LECCIÓN 3ª

El lenguaje se usa para muchas cosas. Hay algunos instrumentos – como si fuesen hombres orquesta- que son navajas, sacacorchos, cortauñas, etc. Así podemos decir “dame el libro”, “Roma es la capital de Italia”, “eres un gilipollas”, “te quiero, amor, como la trucha al trucho”. En resumen, podemos tener tres funciones elementales: una, hacer mención de las cosas sin más, como si no estuviésemos; otra, expresar emociones y sentimientos personales y, por último, actuar de alguna manera sobre los demás. No lo digo yo, para que conste en acta, lo dice un sabio alemán cuyo nombre no os hace falta saber.

LECCIÓN 4ª

No se puede hacer una tortilla sin huevos. Y tampoco podemos hablar sin emplear sonidos. En música, combinando las notas “do-re-mi, etc”, el niño Mozart y el sordo Bethoven hacen verdaderas maravillas. También el lenguaje, con unos cuantos sonidos, llena todo un diccionario. Tomemos dos sonidos: a y b. Podemos hacer estas asociaciones: aa, bb, ab, ba. O sea, con dos -”¡oh, magia!”- sacamos cuatro (claro que no todos los sonidos son amigos y se “ajuntan”, como “tj”, ml”, etc.). Y si vamos aumentando los sonidos se multiplican también las asociaciones hasta poder decir todo lo que podemos decir. Y es mucho. Casi todas las lenguas tienen, más o menos, unos treinta sonidos básicos: a, be, ce...¡ pero ojo! Los

sonidos, por razones históricas, no coinciden siempre del todo con las letras. ¿Y no podrían ser acaso cien, mil, diez mil? Pensemos un poco: ¿no estaría la lengua obligada entonces a bailar zumba, charlestón, vals y chotis al mismo tiempo? ¿Qué mareo! ¿Por qué se llaman “trabalenguas” estos enredos? ¿Todas las lenguas pueden tener los mismos? ¿De qué depende su formación? A vosotros discurrir. Yo ya sé las respuestas.

LECCIÓN 5ª

Cuando se va al médico porque nos duele la garganta, éste nos hace decir una a larga, prolongada. ¿Y por qué no nos pide decir “uuu”, como si quisiéramos dar un susto? Vamos a ver: la vocal a es la más abierta de todas. No podemos superarla con otra. Parece un bostezo o el león de la Metro. Por el contrario, la u es una vocal cerradísima, como la mollera de algunos, y se alargan los labios como un tubo de escape. Además, la vocal a se dice con la lengua plana y muy baja. En suma, permite observar la campanilla (no, no es la de Peter Pan). Y ahora pregunto: ¿por qué las vocales son “a,e,i,o,u”? ¿No podrían ser “e,u,i,o,a” o bien “i,u,e,o,a”? ¿Es arbitrario el orden? Estrujad el cerebro. ¿Una pista? Miraos la boca en el espejo y pronunciad las vocales. Ya veis que hay un cierre progresivo de los labios desde la a, la cúspide. Las vocales e y o tienen una abertura media y con la i,u casi, casi, cerramos la boca como si su... su...susurrásemos. En suma, fuera la memoria, el aprendizaje de papagayos. “Eh, profesor” - escucho. El orden, según la apertura, sería: “a,e,o,i,u”. Bien, y aquí tenéis que aceptar mi palabra, que para eso sé más. Las vocales e, i son “anteriores”, se pronuncian con la parte delantera de la boca alzada; las vocales o, u son posteriores, se levanta la parte trasera de la lengua. Creedme, es un acto de fe en vuestro maestro. Ahora bien, la cuestión primera estaba a vuestro alcance. Si no podéis ir desde Valencia hasta Zaragoza, culpád a vuestra pereza mental por no haberos quedado en Teruel.

LECCIÓN 6ª

En realidad, las vocales son las únicas que se mantienen por sí solas. O sea, son como los padres (que también incluye, claro, a las madres, faltaría más). Sin embargo, los hijos también existen aunque no sean independientes. Las “consonantes” solamente “consueñan”, suenan acompañando a las vocales. No existen solas, no se puede decir ni *pe* ni *pa*, si no fuese por la *e* y por la *a*. Éstas vocales dan la nota, ponen la “voz”, lo que significa que vibran las cuerdas vocales. No son de verdad cuerdas, sino unos pliegues que se mueven cuando pasa el aire de los pulmones, que sirve como un fuelle. Y entonces, si no dejamos nunca de respirar, ¿por qué estamos callados sin hablar todo el rato? (bien, no miréis a nadie). Pensad qué pasaría si unos músculos no tensaran esas “cuerdas” y estando abiertas no pasase el aire peleón, con ganas de hacer ruido. El hombre un día descubrió que podía mover esos músculos. Claro que esto no fue voluntario. Así, por ejemplo, tomó una piedra grande, le salió la interjección “aup” - vamos, fuerza - y de ésta, como el pollo del huevo, nació el verbo “aupar”. En cualquier caso, dominamos los músculos para hablar y callar cuando queremos hacerlo. Hay que recordar que tenemos dos oídos para escuchar y una sola boca para hablar ... ¿la mitad?

LECCIÓN 7ª

Vimos que las onomatopeyas son las causantes de las primeras palabras. Los trogloditas no se reunían en una asamblea para decidir mediante una convención: “de ahora en adelante, llamaremos al pan, pan y al vino, vino”. El “bebé”, succionando el pecho para beber la leche materna, dice “mamá”. Y haciendo bombitas dice “papá”. Y a los progenitores, como bobos, se les cae la baba. Más creciditya habla con la *t*, y dice tato, tete, tito, teta. O bien usa la *n*, como nene, nana o “niño” (de “ninnius”). Y cuando juega con una moto dirá “rrrrr” y le harán callar diciendo “ssss”. Los mayores reirán sus gracias con la *j* de já y el

niño llorará cuando la goma pinchada de la bici haga “ffff”. Y, así, una vez completo todo el abecedario de los sonidos ya podemos mezclar la baraja para decir cosas como “la próxima semana hablaremos del gobierno”.

LECCIÓN 8ª

Las vocales son muy “promiscuas” (vamos, diccionario al canto). Se juntan con todas las consonantes. Tanto da “pa” que “sa” que “ma” o “ta”. Sin embargo, esas parejas son muy sólidas. Toma la palabra “mano” y, con mucha fuerza, podrás separar “ma” y “no”. Pero ni soplando con todos tus pulmones podrás romper “ma” y “no”. Esos sonidos de la palabra inseparables son las sílabas. Está claro que no podemos decir “chiripitifláutico” engullendo todos los sonidos de un sólo bocado. La vieja experiencia de la tartamudez nos ha enseñado que las palabras son como los vagones del tren. Podemos realizar la ruptura de una palabra en sílabas hablando con la cámara lenta: “chi...ri...pi...ti...”. O bien alargando las vocales: paaa.. jaaa.. rraaaa... cooo. Tan fácil es romper las palabras que hasta un tonto puede hacerlo. Y si da palmadas sabrá cuántas sílabas tiene una palabra. Ahora viene la pregunta del millón: si cada lengua tiene distintas sílabas en cada palabra ¿qué se necesita para que una película esté bien o mal doblada? No se puede poner una sílaba casera encima de otra foránea. Pista: mirad los labios en la pantalla. ¿Es posible decir mu con la boca cerrada?

LAS PALABRAS

LECCIÓN 1ª

Si digo “pe rom be ca zas”, a poco que se piense, sabremos que ese “rompecabezas” no es tan fiero como para fracturarnos la testa. Aquí hemos puesto en desorden las sílabas dentro de una palabra. También podría pedir que ordenaseis esta serie: “casa muy de la Ana es”. O sea, “la casa de Ana es muy bonita”. Las partes de la oración es la clasificación ... de las partes de la oración. Y para ello hay que romperla, descomponerla y volver a recomponerla. El verbo “clasificar” significa “hacer clases”. No se distribuye la ropa en un armario según los colores: aquí los rojos, en este cajón los verdes, etc. Éste es un criterio absurdo. La mayoría la repartiría en ropa de verano y de invierno, camisetas y pantalones, abrigos, calcetines, y así. O sea, según una función propia, una lógica coherente. Esto es lo que han hecho los gramáticos desde que Ulises volvió de Troya y solamente lo reconoció su perro, que por eso son los mejores amigos del hombre.

LECCIÓN 2ª

Tomemos el bisturí para diseccionar la frase. Ya sabemos que no se puede decir “casa la” o “libro el” (ampliación: si queréis “fardar” - nunca está mal una propina de saber – podéis decir que solamente el rumano entre las lenguas romances invierte la posición). Esto son los artículos. No voy a deciros, pues es mejor señalar el camino hacia la casa que la casa misma. Claro que hace falta enseñar que “París es la capital de Francia”. No podéis saberlo. Pero sí que “dame *un* libro es cualquiera y “*el* libro de la mesa” es uno concreto. Basta pensar y no adelantarse poniendo el carro delante del buey. ¿Para qué dar todo masticado, en papilla? ¿Para que se oxide eso de donde cuelgan vuestros auriculares? De la

misma manera sabremos que los adjetivos acompañan al nombre por detrás para añadir cosas. “Un tractor amarillo”, como dice una tonta canción. Ahora bien, en inglés es normal decir “amarillo submarino”. Nuestra lengua no es el ombligo del mundo. Y si decimos “valiente soldado”, cambiando el orden, entendemos que se hace para dar la nota. La literatura es siempre poner el foco sobre las palabras. Y así del resto: verbos, adverbios, pronombres, etc. Por supuesto, no basta descubrir el mediterráneo por uno mismo. Hace falta ver el mapa, consultar una gramática tradicional... pero con ojos nuevos.

LECCIÓN 3ª

Cualquiera advierte que “casa” es una sola y “casas” es muchas. Y salta a la vista que lo que marca la diferencia es la “s”. Esto distingue el singular del plural (nueva ampliación: si tenemos dos piernas, dos brazos y dos orejas ¿no puede haber también un “dual”?). El griego lo tenía). Por otro lado, sabemos que un “niño” tiene un colgajo y una “niña” tiene otra cosa que no es un colgajo. La alternancia entre “o” y “a” es la forma habitual, pero no la única, para indicar el género. Pero debemos saber que una cosa es el género gramatical y otra el género biológico. Las cosas no tienen sexo. En alemán se dice “la sol” y “el luna”. Ahora cierta ideología pretende “feminizar” en dos meses dos mil años de historia de la lengua. Vale, si cabe. Pero con tiento. Un cambio puede arrastrar a mil cambios. Tal vez un día se deba decir, en virtud de la concordancia, “la cónsula es imbécila y el embajador es idiota”. O bien, “el asesino cometió un feminicidio matando a su esposa y un homicidio apuñalando a su amante” (de ella, claro, para que no haya malentendidos).

LECCIÓN 4ª

Una terminación nos indica el género, otra el número. Pero hay otras más. No es igual un “vozarrón” que una “vocecita”. Existen aumentativos y diminutivos. ¿Y por qué son los que son? ¿No podemos hablar de un “chicarrín” del norte y los “siete enanotes”? Pensad, pensad. Una vez más, veámonos en el espejo. Si digo la “o” abro la boca como si diese un gran mordisco. La “i” cierra la boca, la hace chiquitita, diminuta, como en un sorbito. El “cabróooooon” (con perdón) es el padre; el “cabrito” (con perdón) es el pequeño.

LECCIÓN 5ª

Otras terminaciones puestas en la cola de las palabras nos aportan también nuevos sentidos. Algunas veces nos muestran rasgos genéticos, la pertenencia a una misma familia, una dinastía, una saga verbal: “zapato, zapatero, zapatería, zapatazo”. Así como se dice que el ajo es bueno para la tensión, el final “azo” es bueno para los golpazos, “ía” para los lugares donde hay algo -librería, carnicería, etc.- y “ero” para el oficio desempeñado. Ahora bien, si esas partículas se ponen detrás, otras se ponen por delante. Un “poli-deportivo” es donde se practican varios deportes, pues “poli” quiere decir “mucho”; un “antojo” es lo que se nos pone ahí “ante los ojos”. Y prefijos como “tele” o “pre” tienen una significación que me ahorro porque espero que vosotros me la digáis sin que yo os la diga.

LECCIÓN 6ª

Además de las terminaciones para señalar el género y el número, los aumentativos y los diminutivos, etc., existen otras terminaciones muy importantes que se ponen detrás de las formas verbales. Éstas son las terminaciones de los verbos. “Yo, cantar; tú comer, él partir”. Así hablan los indios. En esos “infinitivos” (ver glosario) se condensan todas las formas de las tres conjugaciones en “ar”, “er” e “ir”. El infinitivo es el nombre del verbo. Pero nosotros no hablamos como indios. Decimos “yo como”, “nosotros comemos”, etc. Vemos que en el presente, por ejemplo, hay una forma fija “com” que llamamos raíz y otras terminaciones – seis –, siempre las mismas, ya sea en comer, beber, temer, etc. Pensemos un poco cuán inteligente es dicho procedimiento. No lo ha inventado nadie, sino cientos de miles de personas, durante tanto tiempo que parece haber existido toda la vida como las montañas. Vamos a suponer que el presente de “comer” fuese “yo melo, tú pibes, él modre, nosotros palumbar, vosotros gordín y ellos fosos”. Y que en cada verbo en “er” las terminaciones fuesen igualmente distintas. ¡Qué gasto de la memoria! Vosotros, nacidos con la informática, sabéis que el disco duro no puede estar lleno de datos inútiles. El principio de economía consiste en sacar el mayor beneficio posible con el menor costo necesario. La analogía es un plan de ejercicios físicos para perder michelines. Un niño nunca ha escuchado “morido”, pero intuye que los verbos irregulares son un lastre. Pero hace falta estar abierto al futuro. Si las terminaciones son fijas, las raíces pueden crearse “de nueva planta”. Así podemos decir “guasapear”, “surfear” y otras formas comerciales cuyo nombre no puedo decir por razones obvias.

LAS ORACIONES

LECCIÓN 1ª

Las palabras son los ladrillos de las oraciones, las piezas con las que armamos el mecano. Podemos hacer cajas de cerillas como “Buenos días” o bien construir grandes palacios como los *Episodios nacionales* de Galdós. Ahora bien, para juntar las palabras en frases se debe seguir unas reglas de juego, un orden establecido. Sería estúpido pensar que lanzando diez palabras al aire se componga al azar una frase comprensible.

LECCIÓN 2ª

Un manual de periodismo señala que cualquier noticia debe responder a estas preguntas esenciales: quién, qué, cuándo, dónde, cómo, por qué, para qué. Y los libritos para aprender chino, ruso o japonés en sólo diez días, ahí va eso, también les dedican una atención especial a esas interrogaciones, pues el signo de éstas son los ganchos que enganchan las conversación de una manera ineludible. Ante un “llega Juan” puedo callarme, pero no si me dicen ¿llega Juan? Veamos esta frase: ¿Quién llega? Juan, éste el sujeto, la cosa o persona que realiza la acción. ¿Y qué hace Juan? Pues llega. Esto es el predicado, lo que hace el sujeto Juan. Ésta es la estructura básica de una oración. Todo lo demás son complementos, como si dijéramos bolsos, pañuelos, pitilleras, etc. Así podemos decir: “Juan llega mañana de Toledo en el tren para el entierro”. El centro del sujeto será siempre un nombre, pues, sin ser policía, es el agente de la acción. Y esta acción tiene como su centro a un verbo. El nombre y el verbo son como esos dos chicos populares de la clase que tienen su bando, su guardia personal y arrastran detrás suyo a sus seguidores. El verbo lo hace con el adverbio (corre lentamente) y el nombre hace lo propio con el adjetivo (camisa blanca).

LECCIÓN 3ª

El nombre es el centro del sujeto y el verbo es el centro del predicado. Esta es una oración, simple, sencilla, única. Ahora bien, puede pasar que otra oración se le junte, como si dos matrimonios cenasen en el mismo restaurante. Tenemos entonces dos nombres y dos verbos (bueno, la cosa es más complicada, pero no hacen falta barcazas para las charcas). Los dos matrimonios pueden estar en mesas separadas, independientes, sin mirarse siquiera. Coexisten, están puestas juntas. El presuntuoso César, hablando de sí mismo en tercera persona, dice: “llegué, vi, vencí”. He aquí un “tres en uno”: yo llegué. Yo vi. Yo vencí”. También puede suceder que sean amigos, vecinos, se sientan entonces en la misma mesa sin bajar la cabeza ni alzar los ojos. Son iguales: Pedro cocina y María estudia (seamos modernos incluso en los verbos). Estas oraciones son copulativas y con frecuencia se las separa con y, ese palito de zahorí semejante a la yunta de los bueyes. Dice la Biblia que no se pueden uncir animales distintos y la gramática afirma que tampoco frases de diferente rango. Finalmente, puede suceder que el jefe y su esposa estén en el mismo comedor. ¿Quién se levantará a saludar? El subordinado, el que está bajo las órdenes. Tomemos una frase: “si no llueve, iré al cine”. La parte “si no llueve” es incompleta, requiere algo más para entenderse. En cambio, “iré al cine”, puede existir por sí sola sin la subordinada, pero ... no lo dice todo. Así, los jefes necesitan de los empleados aunque estén por encima y puedan suprimirlos por otros. Ejemplo, una temporal: “cuando sea domingo, iré al cine”

ESCRITURA

LECCIÓN 1ª

La escritura es el habla en silencio. Por supuesto, el silencio del escritor, pues el lector puede leer “para sí” o en voz alta (ampliación: esta forma parece la más antigua, pues san Agustín se sorprende al ver a san Anselmo leyendo sin mover los labios). La lectura en voz alta sugiere un público, la escuela, un aprendizaje colectivo. Así como el maestro hace leer y debe escuchar para evaluar la corrección, también el acto de leer “para todos” señala que la escritura no parece una invención “individual” sino un intercambio de ensayos.

LECCIÓN 2ª

La sombra de las palabras son las letras. Pero ¿qué es la palabra? (dejemos aquí de lado el problema de que ningún lingüista se ha puesto jamás de acuerdo en su definición). Si vemos escrito “estamañanahacemásfríoquenunca” nos parece extraño, nos falta algo, y ese algo son los espacios en blanco entre las palabras. Sin embargo, estos espacios no existen en el habla. Si se colocan es para evitar una amasijo de vocablos, una confusión que haga muy difícil visualmente la lectura. Esto requiere un previo análisis de la lengua. Los gramáticos nos han dado la solución en bandeja. Podemos leer gracias a ellos, a su trabajo previo. Pero, además, la ayuda para una lectura comprensible, en gran medida, es asimismo el objeto de la ortografía.

LECCIÓN 3ª

El origen de la escritura es el dibujo. Si quiero decir “árbol” sin haberse inventado ésta, solamente puedo representar la figura de un árbol. Esto es un jeroglífico (éste es el fundamento del “método global” para enseñar a leer: “casa”, y dibujo una casa). Ahora bien, no siempre la representación debe ser “realista”. Puede ser también simbólica. En chino hay un ideograma que representa un techo ^, el hogar doméstico, bajo el cual se halla la figura esquemática de un hombre y una mujer. Quiere decir: “paz”. Sin comentarios.

LECCIÓN 4ª

En otra etapa, sin perder el dibujo, se combina con elementos sonoros. Si escribo un sol con un dado, diré “soldado”. Un dibujo es solamente el recordatorio del resto de la palabra. Así, por ejemplo, el dibujo de una mano puede recordar “mañana”. La limitación del método y el sistema de escritura es clara. En el jeroglífico puro se precisan miles de dibujos para expresar imperfectamente las ideas, hacen falta “conectores”. En el caso de combinar con un sonido la “mano” puede evocar “mañana” o “matorral”, etc.

LECCIÓN 5ª

El salto de gigante viene cuando el hombre es capaz de abandonar la imagen para “dibujar” los sonidos. Claro que hay una fase de transición. La letra A fue primero la cabeza de una vaca; la “m” las olas del mar, o acaso los nudillos del puño cerrado. Los siglos, la transmisión de los alfabetos - y la creación posterior de otros nuevos trazos- ha deformado su imagen primitiva.

LECCIÓN 6ª

Antes de llegar a las letras, la escritura atraviesa por las sílabas. Ya hemos hablado de ellas, pero repito, pues repetir es “volver a pedir” y yo os pido ahora vuestra atención. Cuando un tartamudo, en vez de decir “leche” dice “le le le che”, ya hemos dividido dos sílabas. Si queremos indicar algo, pero haciendo que el oyente lo termine tendremos algo como “eres un ca...” y ese “brón” que falta se asociará a la “bron...ca” que genera el insulto de “cabrón”. Por último, tenemos la falta de memoria o la ignorancia: “obsole...¿qué? Y el listo de turno terminará: “obsoleto” y ¡toma, tomate! ya tenemos la sílaba “to”.

LECCIÓN 7ª

Una vez más, hagamos uso del troglodita sentado ante el fuego dentro de una caverna. Las pequeñas ramillas se queman y, ya consumidas, esos palotes carbonizados son los primeros lapiceros de la historia. Provistos de esos carboncillos, el troglodita papá tizna la pizarra de la gruta y el troglodita hijo se tizna los dedos, la cara, y la ropilla que llevara (vaya por delante que sería de ante). Esos signos negruzcos, en una cripta oscura, hacen de la escritura algo críptico. Como el chamán, el escriba es un especialista honorable en la

comunidad. Y, además del negro que, por inercia, aún seguimos usando en el ordenador, aunque el lápiz o “pen” no contenga ya grafito, el hombre de la prehistoria dispone también de la sangre roja de los animales. Ese rojo usado en los breviarios, la censura y, como recuerdo de ésta, esa alfombrilla bermeja (palabra que todavía usan los sefarditas) debajo de las palabras con errores “hortográficos” en la pantalla.

LECCIÓN 8ª

Suele decirse que las palabras vuelan y la escritura permanece. Si, claro, mientras que lo que está debajo no se vaya al caraj... La cosa que más dura es la roca dura. De ahí que las lápidas funerarias sean de mármol y no de papel de fumar. También las leyes antiguas, como las tablas de la ley (que no debían ser tablas de madera) se graban en piedra, pues las leyes son eternas y la prohibición de matar y robar no caduca nunca. Otros medios como las tablillas de arcilla o el papiro, aunque no sean como escribir en el mar, no son demasiado fiables, a pesar de que nos han llegado muchos textos en estos materiales pobres. El pergamino y, sobre todo, el papel, abarata el coste de la escritura. Claro que la mano de obra es cara, y no por la pluma, pues gallinas hay en abundancia, sino por la escasez de amanuenses. Sin duda, la mano les debía doler y les obligaba a coger una baja laboral.

LECCIÓN 9ª

Como todo el mundo sabe, los médicos tienen una pésima letra. Solamente los entienden los boticarios, y eso porque siempre prescriben las mismas recetas. De aquí surge la necesidad de la caligrafía. Las letras, como los colegiales, deben tener uniforme. O sea, evitar las variantes individuales, pues si cada uno escribiera a su antojo... Pero cada maestrillo tiene su librillo. Y entonces hay diversas clases de letra según las escuelas. Claro que, por muy buen escribano que se fuera algún borrón caía en el papel. El paso de los años hace que las viejas formas de escritura, tan claras para sus contemporáneos, se vuelvan turbias para sus descendientes. Y entonces aparece la paleografía, materia que al olvidarse nos deja ciegos y amnésicos sobre nuestro pasado.

LECCIÓN 10ª

El hombre es un vago, un perezoso empedernido. Si trabaja con la cabeza, es para no trabajar con las manos. Y como escribir cansa, inventó la imprenta. Además, como la invención multiplicaba los escritos, muchos amanuenses quedaron en paro debido al progreso de las artes gráficas. Solamente los escritores siguieron escribiendo a mano, y esa es la razón por la que los manuscritos valen tanto. ¡Hay tan pocos con vida! Los libros impresos son como esos pececillos desovados a decenas para que alguno sobreviva en las librerías de ocasión.

LECCIÓN 11ª

Del lápiz y de la pluma, que dejó de ser de ave conservando el nombre (igual que algunas industrias avícolas al cambiar de dueño) se pasó al bolígrafo, un lápiz de tinta que parece un termómetro en plena caída invernal. Y es curioso: cuanto mayor es la fiebre del escritor, más baja la columna negra, azul, etc. El progreso tecnológico de la escritura lleva luego a la máquina de escribir, con ese teclado cuyo repiqueteo recuerda a las gotas de lluvia (¡qué original!) y que convierte al escritor en un pianista de la literatura. No se olvide que el lenguaje es la música concentrada y la música el lenguaje disuelto. El procesador de texto en el ordenador no puede desprenderse del teclado de su antecesora, pero evita que dos teclas se traben y precipiten al mismo tiempo sobre el papel cual dos palomas disputando la misma migaja de pan (y perdón, jóvenes, por el “cual”).

ORTOGRAFÍA

LECCIÓN 1ª

La ortografía no es una pulsera, un adorno superfluo, una tortura refinada inventada por los maestros para atormentar la mente de los escolares. La ortografía es necesaria como el pan nuestro de cada día y la fecha en cada hoja del diario. Claro que hay reglas y reglas. Cartujos o carmelitas calzados y cebados. Antaño se quitaba uno el sombrero para saludar, hogaño ya no es posible saludar no habiendo sombreros. Cambian los tiempos, cambian las costumbres. Y lo mismo pasa con la ortografía. Yo aprendí a escribir “transporte” con la n, y ahora la han jubilado a la pobre. Cuando vivieres, haz en tu cuaderno lo que vieres. Pero por lo que no paso es por escribir “sicología” aunque diez mil académicos me hagan cosquillas.

LECCIÓN 2ª

Los signos ortográficos más importantes son los que podríamos llamar el reloj de la prosa. La longitud de nuestras oraciones verbales está limitada a los posibles de nuestros pulmones. Ni una soprano puede pronunciar de una sola tacada una frase de mil palabras. Y esta frontera de la lengua condiciona el cercado de nuestro pensamiento.. En la escritura podemos embutir frases y más frases dentro de la oración principal. Estiramos las ideas. Ahora bien, tanto en la escritura como en el habla debemos hacer pausas. Saltamos de punto en punto. Y, cuando es aparte, los oradores aprovechan para beber un sorbito de agua y repostar el vehículo de la palabra. Si no fuera así, faltando el oxígeno, no se

llegaría al final del discurso. Las comas, esas pequeñas varitas que pisa la frase, la retrasan, son como un pequeño respiro. Pero donde de verdad cogemos aire es con los puntos. Éstos son los mojones, las lindes del pensamiento, lo separan en unidades independientes. Y como esas pecas son hormiguitas invisibles, para que no se atropellen una frase con otra y sepamos leer correctamente, se pone la mayúscula detrás de un punto y así nos indica con su altura que viene luego otra cosa. O sea, la vemos venir.

LECCIÓN 3ª

Las mayúsculas no solamente encabezan la frase, mostrando así que son las grandes jerarcas y las mandamases del abecedario, sino que también se usan como timbre de distinción. Si decimos “el perro de Pedro”, vemos que el amo es más que el chucho. De la misma manera no es lo mismo la Iglesia universal que la iglesia de Cogolludo del Tremedal. Ahora bien, también hay nombres en decadencia. El Papa, en estos tiempos de secularización, bajó de su cátedra para quedarse en “papa”, al menos sin acento agudo. Algunos, que no son astrónomos, escriben “Sol” y “Luna”, posiblemente como un residuo del animismo ancestral. Y es que cuando muere Dios con mayúscula renacen los dioses de la naturaleza.

LECCIÓN 4ª

El fin último de la ortografía (más allá de dar trabajo a los correctores y pasar un examen) es hacer posible una buena lectura, clara, comprensible. Si queremos decir que Dulcinea es guapa, como no la vemos, no podemos saber si lo es de veras. Entonces, el escritor tiene el recurso de las comillas para hacer un

guiño, señalar que se dice de modo irónico: “guapa”. Si falta, es hermosa. En general, esas pestañas largas, como las de bellas mujeres, sirven para captar la atención, centrar la vista en la palabra. Y eso se ve en otra forma de comillas diferente a esas cuatro gotitas simétricas. O sea, esos galones << >> que usa ufano el militar en su guerrera.

LECCIÓN 5ª

El signo de interrogación ? Es un garfio para enganchar la pregunta con su respuesta. Así como en esa raqueta curva de la canasta vasca, las cuestiones se lanzan sobre la pared y la pelota rebota para ser recogida en la oreja de otra canasta. En español, a diferencia del francés, el signo se pone tanto al inicio como al final. Además de que esto es una exigencia de nuestra entonación, también nos permite prepararnos en frases como “¿me prestarías..?” y eso por muy endulzadas que estén con el verbo condicional.

LECCIÓN 6ª

El signo de exclamación ¡! es un palo de billar con su bola y es muy adecuado para gritar ¡carambola!

LECCIÓN 7ª

Los paréntesis (no se lo digáis a nadie) son como esos cascos de música que convierten a nuestros adolescentes en autistas. Y el interior del paréntesis siempre será un misterio para el resto de la frase.

LECCIÓN 8ª

Y ahora ¡ay, la virgen! viene la madre del cordero, las verdaderas dudas y el calvario del alumno en cuestiones ortográficas. Pero quiero disculparos un poco – sólo un poquito, ¿eh? - con este hecho. Nada menos que García Márquez confiesa que no sabe cuando una palabra se escribe con b o con v. Por supuesto, a pesar de su aire sincero, puede ser una “boutade” (hace falta conocer también otras lenguas que el inglés). Ahora bien, él es un premio Nobel. Puede darse el lujo. Y nosotros, no. Claro es que en esto, por muy galardonado que sea, no debemos seguir al escritor colombiano. Comencemos con la letra h. Sin duda, lo primero que se ocurre es que, siendo muda, qué pinta y para qué sirve, y esto sea dicho sin discriminación alguna. Pues bien, algún culto dirá que es la cicatriz dejada por la f inicial latina. Así, de “filius” tenemos “hijo”. Pero el niño, que tendrá algún libro de latín en casa, puede replicar que “huevo” se decía en la lengua de Virgilio “ovus”. Y el culterano y su ortografía histórica quedarán confundidos. También podrá decirse que, además de un mordisco vascuence, ya existía la letra en latín. Ahí está el verbo “haber”. A lo cual se puede responder que nuestros vecinos dicen “avoir” y, ya que nos han contagiado el mal francés, también podrían habernos contagiado retirando la h del verbo auxiliar para auxiliar nuestra indigencia idiomática.

LECCIÓN 9ª

La mayor dificultad la tenemos en la distinción entre la b y la v. Podemos saber que buey y burro se escriben con b y que vaca se escribe con v. Y también que la oveja, aunque diga “beee”, para llevar la contraria se escribe con v. Sin embargo, hay muchos más animales en la granja del vocabulario. Una regla segura es la de los verbos en “aba”, como jugaba, cantaba, saltaba. Claro que hay casos como “lavaba” donde es peligroso mojarse. Por otra parte, la distinción entre “ll” e “y” era fácil antes de la fusión de esos dos sonidos en uno solo. Ahora no sabemos si el pollo es pollo con huesos o el poyo es poyo con piedra. Y así no sabemos si Mallorca, mayor que Menorca, es Mayorca, o vaya y valla usted a saber.

LECCIÓN 10ª

En muchas ocasiones la necesidad del acento es patente. No es lo mismo “el paso” que “él pasó”. O bien cuando no tenemos idea de la palabra porque no ha entrado por el sumidero de los oídos sino por el pozo profundo de los ojos. Y, para salpicar de sal y pimienta la cuestión, tampoco es igual los hombres “simbólicos” que “sin bolicos” o las mujeres “sintéticas” que “sin teticas”. La mayoría de palabras en español terminan en vocal, en n y en s, y son, además graves; y a pesar de esa gravedad no se hunden, pues raramente se inclina la palabra a estribor con las agudas y mucho más raramente a babor con las esdrújulas. Como sería molesto visualmente poner tilde a la mayoría de los vocablos, es decir, las palabras llanas, pues la frase parecería entonces cubierta de antenas individuales, se ha optado por dejarlas sin su aguijón las más de las veces. O sea, cuando acaban en consonante que no sea n ó s (lo contrario de las agudas). Y el resto se lo reparte las esdrújulas, que siempre están disponibles, ya que siendo pocas no desperdician coger ningún palillo que llevarse a la boca. Finalmente, no

hablo de los dos puntos ni de los puntos suspensivos porque ello es para aumentar la puntuación.

LITERATURA

LECCIÓN 1ª

Entre la lengua y la literatura existe una relación semejante a la de los huevos fritos con chorizo y la gallina y el cochino. Unos son la base, otros la elaboración. Podemos hacer con los mismos ingredientes una bazofia de comida o bien un plato digno de un restaurante de tres estrellas Michelin. O sea, no es lo mismo decir “la vida pasa como un tren de mercancías” que “enhiesto surtidor de sombra y sueño”. El primero que vistió un pantalón roto o se dejó largas melenas fue un rompedor, un defensor de “épater le bourgeois” (o sea, darle patadas en el culo a la gente de orden); pero lo que vienen después son unos adocenados, una manada con muchas manos y muchos pies, aunque con poca cabeza. En poesía fue un gran lírico quien creó la metáfora de que las mejillas “son rosas”. Y los poetastros que siguieron la estela unos cursis insufribles.

LECCIÓN 2ª

Así como los niños aprenden a caminar a trompicones, también un escritor con los dientes de leche tiene que darse en la cabeza coscorrónes para dominar la pluma y no hacer la oca ni el ganso. La redacción es el medio más adecuado para que el escolar se vaya fogueando, haciendo sus pinitos en el arte de la literatura. El maestro no debe proponer temas vulgares, anodinos, como “¿Qué has hecho en estas vacaciones?”. Esa estufa no calienta la imaginación. En su lugar, las redacciones deberían hablar sobre cuestiones como ésta: “¿Qué pasaría si mañana te levantas de la cama siendo una cucaracha?”. Ya sé, no es muy original. Pero si vosotros no soy el checo Kafka, podéis ser chicos *Kafkitos*. Y por algo se empieza.

LECCIÓN 3ª

Decía Machado, con brillante paradoja, que el único consejo del viejo al joven es que no siguiera su consejo. O dicho de otra forma: cada hombre tropieza con sus pies, es un Adán expulsado del paraíso. Todos dicen eso de que algo es “de toda la vida”. Claro, de la suya. En la historia de la literatura se ha dado siempre el conflicto entre los viejos y los nuevos, y sus respectivos méritos (en el siglo XVII uno de los contendientes fue el autor de Gulliver). Pero, ¿qué solos se quedan los muertos!, los vivos -decía un poeta alemán- siempre tienen razón sobre los muertos. Estos no pueden levantarse para replicar a los jovencuelos. Ahora bien, no olvidemos que para subir debemos apoyarnos en algo sólido y quien conoce bien los escritores del pasado entra más fácilmente al futuro.

LECCIÓN 4ª

Los románticos echaron al fuego los apolillados preceptos de la poética y retórica antiguas. Que cada cual escriba como se le antoje, que brille su genio como una antorcha. Vano propósito, pues siempre hacen falta el fuego y la grasa para que arda aquella. Y como dijo alguien – no quiero trufar estas páginas con citas pedantes- “todo lo que no es tradición es plagio”. Sin embargo, quisiera hacerte, sí, una recomendación. No hay poeta que no haya leído a muchos poetas ni novelista que no se haya alimentado con muchas novelas. De todo ese polen – otra metáfora clásica de la que te libero – debes hacer tu propia miel. Ya sea de tomillo, romero o mil flores. Pon tu sello si no quieres ser un imitador, uno de esos de quien se dice: escribe “a la manera de...”. Por supuesto, ello no está a la altura

de todos y más vale rebuznar con un rebuzno tuyo y personal que desentonar queriendo igualar a un cantante de ópera.

LECCIÓN 5ª

Los buenos modelos crean el buen gusto. Cuando se ha probado la excelencia, repugna la mediocridad. Es posible apreciar con justicia la música sin saber tocar ni la flauta. Suelen decir los autores, y más si reciben palos, que los críticos son unos escritores frustrados, un quiero y no puedo, la vulpeja que no llega a las uvas y las declara verdes. Esto no es verdad universal, aunque algunos haya que alquilan su pluma, dan bombo, platillo y hacen resonar los tambores al servicio de un editor más ávido de cierta pasta gansa que de la pasta de los libros.

LECCIÓN 6ª

Decía Arquímedes, hablando de la palanca, que si le daban un punto de apoyo movería el mundo. Ese punto de apoyo en la obra literaria es el comienzo, la primera idea. En suma, superar el miedo a la página en blanco. Tampoco es que el escritor deba tener la pluma en mano, los ojos en arrobos y en un éxtasis sin éxtasis. Si el poeta saca el primer verso, no es que los demás sean coser y cantar,

pero rodarán por la colina hacia abajo a pesar de las rocas que se le opongan. Podemos hacer bocetos, meditar sobre el marco, más tarde pintaremos el cuadro. Y, en cualquier caso, ahí está la papelera para jugar al baloncesto.

LECCIÓN 7ª

Mucho antes que los lingüistas, los poetas y los músicos ya habían descubierto el valor estilístico de los sonidos. Todo el mundo sabe que un buen fantasma, si es buen fantasma, debe, además de arrastrar cadenas, decir “uuuuh”. La banda musical de una comedia no puede ser la misma que la de una película de terror. El sonido se asocia a las imágenes. Veamos – escuchemos - estos dos versos de Góngora:

Rompe Tritón su caracol torcido
sordo huye a vela el bajel al viento

En el primero se acumulan sonidos ásperos (explicación técnica: oclusivos o explosivos, porque se cierra la boca y se abre abruptamente) mientras que, en el segundo, se suceden sonidos suaves (explicación técnica: fricativos o deslizantes, pues el aire se escapa por un canal estrecho). Vamos, declamad a la antigua usanza del teatro. En suma, el primer verso – cras tras – nos evoca el acto de la ruptura y el siguiente un silencioso – sordo, no hay olas, no hay tormenta – el patinar de la nave fugitiva empujada por el dios Eolo.

LECCIÓN 8ª

Quien tiene más dinero, y sabe operar más hábilmente con él, obtendrá mayores riquezas. También el escritor debe poseer un tesoro de vocablos y saber realizar con ellos ingeniería verbal. Algunas veces usará frases cortas, breves, como esos pasitos en puntillas de las bailarinas del ballet clásico. Azorín, pongamos por caso. Otras veces deberá dar triples saltos a grandes zancadas de verbos y conjunciones. Éste es el estilo ciceroniano. Pero sea cual sea el caminar, que sea con garbo, desenvoltura y sin mirar al público, pues hasta las mejores modelos de pasarela tropiezan si no ven al frente por echar un ojo a la galería. Tú, a la tuya.

LECCIÓN 9ª

Suele decirse que en la variedad está el gusto. Algunas personas coleccionan pipas de fumar, otras billetes de lotería caducados y también las hay que suman bolsos de mano (en realidad, es aquí donde quería llegar bajo el camuflaje de los dos personas anteriores). Y todo esto viene a cuento de los sinónimos. ¿No habíamos dicho que en la lengua domina el principio de economía? ¿De qué sirve mantener dos, tres o cuatro palabras iguales? ¡Qué despilfarro! Pues lo dicho, para no cansarnos. Ahora uso éste, ahora aquel. Además, según el momento y la circunstancia, conviene usar unos o bien otros. Quedaría un poco ridículo cambiar un “hijo puta” dicho con todas las palabras a decir “hijo de meretriz”, “hijo de buscona”, etc.

LECCIÓN 10ª

Como un personaje de la literatura francesa, muchos hablan en prosa sin saberlo. Es como la atmósfera, que no la perciben mientras no se enrarece. Cuando vemos una obra de teatro clásico en la cual los actores hablan en verso nos damos cuenta de que eso “no es normal”. Pues bien, tampoco es muy normal creer que las figuras retóricas enseñan la prosa literaria en vez de que la prosa literaria enseña las figuras retóricas. El hablante utiliza tropos sin darse cuenta tampoco de que usa un lenguaje figurado: “este chico no es muy listo”, se dice para no decir que es tonto (esto se llama “lítote”, ahora ya puedes olvidar el nombre). Cervantes, al que no se le puede negar que sea un gran escritor, dice: “Frisaba la edad de nuestro hidalgo con cincuenta años, era de complexión recia, seco de carnes...”. Aquí se está usando una figura retórica que se llama “zeugma”. ¿Creéis que lo sabía – perdón por el tópico – el “manco de Lepanto”? Entre paréntesis, nunca fue manco, sino impedido, lisiado. “Estos chicos son como el día y la noche”- dice una madre. Y ésta no sabe que está utilizando los antónimos, las palabras con un sentido contrario. O cuando se dice que María “es un ángel” no pensamos que lleve detrás en la espalda dos alas. Esto es una metáfora, la “reina” de las figuras retóricas, que también es una metáfora pues no lleva corona ni es de sangre azul.

LECCIÓN 11ª

Los medios técnicos de escritura condicionan la literatura. Y no es que el lápiz o la pluma nos hagan solamente escribir más despacio, sino que la mano no

puede seguir acompañando a las ideas. Una escritura automática, donde se escribe sin pensar antes, solamente es posible en experimentos vanguardistas condenados a un callejón sin salida. El autor de cartas a la antigua usanza primero medita lo que va a decir y después traslada esos pensamientos al papel. Poco importa si lo hace sentado o bien, como hacía Rousseau, mientras pasea por un bosque. La vieja escritura en tinta y papel hacía necesario los tachones, las borraduras, los añadidos en los márgenes, etc. Los manuscritos de primera mano, sin pasar a limpio, eran, especialmente en autores perfeccionistas, un campo de batalla sembrado de muertos o un mapa de operaciones militares cubierto de flechas indicando los movimientos de la tropa. Cuando se escribe en un ordenador, la velocidad al teclear espolea al pensamiento, que se hace más rápido. Los dedos siguen, sin sobrepasar – cosa imposible- a la mente, de más cerca a los conceptos expresados. Ahora bien, esa velocidad requiere tomar una pausa, releer lo que está escrito. Claro está que esa necesidad siempre ha existido, pero la novedad consiste en que el ordenador permite cortar, pegar, añadir, borrar, trasladar, etc. Y eso sin decir que el acceso a la red hace posible disponer la información de una manera inmediata.

LECCIÓN 12ª

Si alguien se lo propusiera en una tesis doctoral, creo – aunque no pondría la mano ni las uñas en la boca de un cocodrilo - que sería posible demostrar que la dirección de la escritura hace diferente el estilo de un autor. Un judío, escribiendo desde la derecha a la izquierda y comenzando por la última página, no puede tener la misma perspectiva sensitiva que un escritor cristiano. Pero esto es, seguro, muy aventurado. Sin embargo, lo que parece más demostrable es la influencia del formato en la escritura. Así como existen brocas de distinto número según los tacos (o tacos según las brocas), también el escritor está condicionado por los márgenes del papel. Esto lo saben muy bien los columnistas del periódico cuyo estilo debe ser tan ascético como si fuesen Simón estilista. La estrechez excesiva exige párrafos cortos para evitar el “efecto enredadera” y, como está en la mente de todos, los largos adverbios acabados en “mente” son altamente poco recomendables.

POSTRE

En China un animal mitológico tiene la boca abierta y el ano cerrado. Evidentemente, un imposible, no sé si carnal o metafísico. Como sabe todo el mundo, lo que entra debe salir. En cualquier caso, estas cuartillas, hojuelas sin miel ni azúcar, no tienen, de entrada ni a las postre, ni hambre ni sed de posterioridad. Ni lo merece el plato ni el cocinero tiene más estrellas que las vistas cuando recibe un golpe en la cabeza tras chocar su fantasía con la realidad. Queda claro que aquí no se enseña ni fonología, ni morfosintaxis, ni lexicología ni crítica literaria. Tan sólo se aspira a despertar el gusanillo, esos “acquolina in bocca”, que quiere decir “salivilla en la boca”, y que aquí se cita con su traducción para que advierta el lector que el autor conoce la lengua de Dante. Como suele decirse, el hombre “de la calle” (¿nunca está en casa o en la oficina?) no precisa sino saber y usar bien el lenguaje. Quédense los morfemas, sufijos y complementos directos para los especialistas, aquellos que entran en la trastienda del lenguaje donde solamente penetra el personal autorizado. Ciertamente debemos conocer el esqueleto de la gramática (es útil para aprender una lengua mientras no se confunda las muletas de apoyo) con los pies) pero no hace falta saber de memoria los doscientos seis huesos del cuerpo humano, y más si nos hemos tragado un hueso de aceituna. Por último, quisiera señalar que el término “lección”, aparentemente inadecuado para lo que no es un curso, está tomado de su sentido primitivo. O sea, “lectura”. Y sin nada más que decir, esperando que hayan disfrutado de la comida, y sabiendo que no van a volver, si acaso han entrado, se despide atentamente de ustedes

El Autor (con mayúsculas para darse ínfulas)

Pablo Galindo Arlés
27 de febrero de 2019

